

Unidad para proteger la revolución nicaragüense

Bayardo Arce

Nuestra revolución es de todos los pueblos del tercer mundo

Nuestro "General de Hombres Libres" el general Augusto César Sandino, expresaba que nuestros ideales campean en un amplio horizonte de internacionalismo. Esa herencia política de nuestro General Sandino que se expresó en la participación internacionalista en su ejército defensor de la soberanía y el decoro nacional y que se expresó en su constante preocupación por proyectar internacionalmente su lucha libertaria como ejemplo que debían de seguir todos los pueblos, está hoy más presente que nunca en el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

Nuestra Revolución, como lo hemos señalado en diversas ocasiones, los nicaragüenses, no la consideramos únicamente nuestra, consideramos que el triunfo del pueblo nicaragüense, el triunfo del Frente Sandinista es un triunfo de todos los pueblos del Tercer Mundo, de todos los pueblos latinoamericanos que todavía se encuentran oprimidos y subyugados por la dominación imperialista. Significa esta revolución la posibilidad real de los pueblos de encontrar un camino libertario que haga posible un nuevo orden de relaciones en el mundo. Por eso nuestra revolución se siente comprometida con esa herencia de Sandino y campea en un amplio internacionalismo.

Para nosotros, internacionalismo es ese apoyo, esa solidaridad que diversos pueblos hermanos en el Continente y en Europa han brindado al pueblo nicaragüense desde su lucha, desde la etapa de guerra y que se ha proyectado después en este período de reconstrucción nacional. Pero no es un internacionalismo unilateral en el sentido de que varios pueblos o gobiernos amigos nos brindan su apoyo, sino que hay una acción refractaria de contenido internacionalista porque nuestra revolución está haciendo posible el diálogo, el acercamiento y la unidad misma de los pueblos, especialmente latinoamericanos, para defender su integridad y su decoro nacional.

Significativo es dentro de esa concepción la actitud de los pueblos latinoamericanos en la memorable XVII Asamblea de la OEA, porque en muchos años no se había visto en nuestro continente que las pueblos latinoamericanos hicieran causa común, no sólo para defender el proceso revolucionario nicaragüense, sino para sentar una base de principios de que unidos podíamos ser capaces de no permitir una nueva intervención en ningún país de nuestro Continente, que unidos podíamos ser capaces de comenzar a limitar y a neutralizar las tendencias que preten-

den intervenir, tener injerencia y distorsionar los procesos históricos de nuestros pueblos. Por eso, para nosotros el Internacionalismo en este caso es bilateral. La ayuda que nos brindan distintos pueblos, distintos países y el significado que tiene esa ayuda en cuanto a propiciar en los pueblos del mundo y especialmente en los pueblos latinoamericanos una nueva mentalidad, un nuevo tipo de relaciones que auguren un nuevo mundo para nuestros pueblos.

Precisamente conscientes de ese compromiso y a raíz de un tema de actualidad cómo es un prolongado y discutido, crédito que los Estados Unidos tienen en carpeta para Nicaragua, nosotros en una de las tantas visitas que congresistas nos hicieron para ver si nos daban o no el préstamo, según la cara que tuviéramos, fuimos claros y precisos de que Nicaragua prefería no recibir un solo dólar de préstamo si a cambio de eso se nos garantizaba una nueva relación con América Latina: la relación de respeto que exige el mundo moderno.

Posiblemente Nicaragua sea hoy escenario de una nueva forma de lucha silenciosa de esos enemigos de la paz y del progreso de los pueblos, que al agredimos a nosotros estarían también agrediendo a los pueblos que aman la libertad. Nos referimos a la evidenciada actividad de la Central de Inteligencia Americana, la CIA, en nuestro país, evidenciada por el mismo Congreso norteamericano que en la discusión de ese prolongado crédito se encerró en secreto para conocer lo que esa funesta oficina ha hecho hasta el día de hoy en nuestro país. No somos nosotros los que inventamos esa presencia, sino que es el mismo congreso norteamericano, quien en su actividad pone de manifiesto que desafortunadamente para nuestro pueblo opera aquí la funesta CIA. Y los pueblos del continente saben por carne viva, en la República Dominicana, en Chile, en Cuba, en Guatemala, en Indonesia, en Vietnam, cuáles son los efectos de esa presencia intervencionista. Es pues una situación concreta que podría expresarse en proceso de desestabilización de nuestra revolución, que como hemos dicho, no es sólo de los nicaragüenses, sino de todos los pueblos del Tercer Mundo.

Expresamos entonces en nombre de nuestra organización, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, un saludo que es un llamado a cerrar filas, que es la posición de revolucionarios que buscan juntar sus hombros con otros revolucionarios. La posición de un país en vías de progreso que pretende unificar las fuerzas progresistas del mundo, para oponerlas a la reacción y para garantizar que el mundo moderno, Latinoamérica y en especial los países de Centroamérica puedan vivir un mañana distinto, el mañana que para nosotros y para el Continente soñó nuestro General de "Hombres Libres" Augusto César Sandino.

"Patria libre o morir"

Si nosotros tratáramos de ordenar con alguna lógica la explicación histórica de nuestra Revolución, tendríamos que comenzar anotando que la historia de nuestra Revolución nace en el hambre, en la desocupación, en la explotación, en la

opresión que históricamente había sufrido el pueblo nicaragüense. Es precisamente en esas desigualdades económicas y sociales que encuentra su punto de partida la revolución popular sandinista.

Esa realidad fue la que determinó a nuestros precursores, a los primeros revolucionarios de nuestro país, a agruparse y a buscar juntos el camino que le permitiera a nuestro pueblo encontrar un nuevo horizonte, una nueva realidad para todos los nicaragüenses.

Es difícil poder exponer lo que en términos concretos significaba ese cuadro social y económico de nuestro país, que daba origen a nuestra revolución. Sin embargo, tal vez podría entenderse mejor si se tuviera una idea, aunque sea general, de cuál es la situación en que nuestro proceso revolucionario encuentra a Nicaragua, porque esa situación de 1979 nunca iba a ser peor que la que vivimos años atrás y que dio lugar a todo el proceso revolucionario nicaragüense.

Nuestra revolución tiene su origen en un 52 % de analfabetos, 52 % que en las zonas rurales, en las zonas campesinas productoras de nuestras principales fuentes de divisas llega a alcanzar un 76 %. Tiene origen en una mortalidad infantil de 200 niños por cada mil que nacen. Tiene origen un 30 % de desocupados en la población económicamente activa de nuestro país. La historia de nuestra revolución pasa por una realidad en la cual apenas un 18% de nuestra juventud tiene acceso a las aulas escolares, o sea que el 82 % de nuestros jóvenes entre 13 y 18 años no tienen oportunidad de formarse. Nuestra revolución se expresa en un déficit de 280,000 viviendas para los nicaragüenses; se fundamenta también en un déficit de 4,7000 médicos para poder dar una atención correcta a la salud de nuestros trabajadores y de nuestros ciudadanos; en un déficit de 5,000 maestros de educación primaria; se expresa también en un déficit de odontólogos que para poderlo llenar al ritmo que llevaba la dictadura en la formación de odontólogos, para poder llenar nuestro déficit en 1979, con el ritmo de formación que llevábamos, hubiéramos necesitado 82 años. Pasa también nuestra revolución por una realidad económica basada en la producción agropecuaria, y la producción agropecuaria de exportación fundamentalmente, pero donde se carece de cosas tan elementales como una escuela de veterinaria que nos permitiera formar a los técnicos capaces de proteger esa base económica.

Es base histórica de nuestra revolución un continuo proceso de endeudamiento producto de una relación injusta de parte de los países industrializados y en particular de los Estados Unidos con nuestra economía. El consabido intercambio desigual que nos obliga a vender nuestra producción, nuestras materias primas a precios bajos que jamás evolucionan favorablemente en sus montos, mientras a la par tenemos que estar comprando productos industrializados que cada año van creciendo en sus precios y que nos obligan a estar buscando en el financiamiento externo de estos mismos países el desahogo inmediato o coyuntural que exigen nuestro desarrollo económico o nuestra supervivencia económica. Deuda eterna

que a la hora del triunfo alcanzaba más de los 1,500 millones de dólares o sea el equivalente a tres años del valor de exportación neta de nuestro país.

La historia de nuestra revolución tiene su base en todo eso que daba lugar a que en nuestro país se fuera formando una camarilla explotadora que se beneficiaba de ese desajuste social y económico y que estaba interesada en mantener ese desajuste social y económico para lo cual implementó una política de terror, una política represiva que amenazaba con exterminar a nuestro pueblo.

Podríamos decir que la Revolución Popular Sandinista nace de la necesidad, del anhelo y de la decisión de acabar con ese cuadro social y económico a grosso modo descrito. Que si nos decidimos a iniciar un proceso revolucionario en nuestro país era con la esperanza y la voluntad de poder un día brindar a cada nicaragüense un techo digno, garantizarle una alimentación digna, garantizarle su salud, garantizarle educación, garantizarle su participación en el progreso material de la sociedad, garantizarle participación en la recreación sana a la que tienen derecho como sociedad productora de riquezas.

Y sabíamos que coronar esos objetivos nos obligaría a pasar por un largo camino de luchas porque ese cuadro de desigualdades no era gratuito, estaba determinado por intereses de explotación, por intereses injustos internos y externos. Sabíamos que no era casual la existencia de una dictadura militar; sabíamos que no era casual la actitud de los empresarios de nuestro país, apartados de la actividad política y dedicados en convenio tácito únicamente a la explotación. Sabíamos también de dónde había nacido esta dictadura militar. La sangre de nuestro más grande patriota había tenido que derramarse para que se comprendiera mucho mejor quién nos imponía esa dictadura. De allí que nuestro pueblo a través de sus organizaciones políticas a través de sus organizaciones populares desde muchos años atrás ha venido librando batallas, buscando un camino que le permitiera poner fin a semejante situación.

Y en esa búsqueda es que surge nuestra organización, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que en un proceso de años logra ponerse a la vanguardia de las organizaciones de nuestro pueblo para conducirlo correctamente al triunfo sobre sus enemigos. Podríamos decir que detrás de cada disparo nuestro, detrás de cada actividad política o militar, detrás de cada actividad conspirativa o masiva, siempre estuvo presente que lo que nos movía era ese cuadro socio-económico descrito y que tenía expresiones trágicas o dramáticas en nuestra niñez, en el abandono de nuestras mujeres y en la angustia de nuestros campesinos. Fue precisamente ese reto, ese acicate que representaba para nosotros la tragedia de nuestro pueblo lo que nos permitió no vacilar, no retroceder, no claudicar ante la más feroz y prolongada dictadura de América Latina.

Las condiciones de lucha no fueron fáciles; la represión era total en nuestro país. Los primeros intentos de organización fueron reprimidos con sangre en 1932 y a partir de entonces la historia de la lucha de los trabajadores estuvo llena de repre-

siones, de despidos, de sanciones, que parecían hacer interminable esa noche oscura de la dictadura somocista.

La habilidad de la dictadura se expresó también en saber combinar esa política represiva que calló a la prensa, que calló a los medios de comunicación, que ató a los sindicatos, que aterrorizó a los campesinos, que limitó a los partidos políticos, la supo combinar, decíamos, con todo un proceso de descomposición de nuestra sociedad que amenazaba con minarla hasta en sus últimas raíces. El fundador de la dictadura, Anastasio Somoza García, decía que él basaba su política en las tres "p". Estas tres "p" significaban: plomo para los enemigos, palo para los vacilantes y plata para los amigos. Significaba represión y muerte para todo el que se oponía verticalmente; significaba una represión graduada para aquellos que todavía podían ser reducidos, obligados a claudicar; y significaba estímulos, corrupción, participación en todo este proceso de explotación de nuestro pueblo para aquellos que se identificaban plenamente con el sistema dictatorial. Esa política con todas las variantes que el desarrollo histórico pudo haber introducido fue una constante hasta el último día de la dictadura. Y eso hizo también más difícil la lucha de la revolución de nuestro pueblo.

Pero el factor fundamental para que este cuadro económico y social se prolongara por tanto tiempo, para que este régimen político viviera tanto, era el abierto apoyo que el imperialismo norteamericano brindó en todo momento. Fue el imperialismo norteamericano el que dio lugar al nacimiento de esa dictadura; fue el que creó la Guardia Nacional somocista para sustituir a su ejército de ocupación, derrotado por el general Sandino, en la labor represiva contra nuestro pueblo; fue el que entrenó, armó, adiestró durante años a las fuerzas represivas del somocismo para mantener sojuzgados a los nicaragüenses. Fue el imperialismo con su presencia el que mantuvo siempre asustados, vacilantes a las capas medias y a los políticos de nuestro país, que creían que era difícil enfrentar a la dictadura mientras tras ésta estuvieran los Estados Unidos de América.

Por eso, al plantearnos nosotros nuestra estrategia de lucha siempre vimos que nuestra acción tenía que pasar más allá de la simple persona del tirano o de cualquier figura de la dictadura; que nuestro enemigo fundamental estaba en el imperialismo norteamericano, en esa explotación que sentíamos a través del manejo de los créditos, a través de los sistemas cambiarios, a través del precio que se nos pagaba a nuestras materias primas, a través del control de la comercialización de nuestra producción, a través de la venta de los insumos que necesitábamos. Sabíamos que nuestro enemigo radicaba en la presencia del capital extranjero, en nuestra industria, en nuestro comercio. Sabíamos que el enemigo nuestro estaba en la injerencia financiera en todo el proceso productivo agro-exportador nicaragüense. Sabíamos entonces que la lucha del pueblo nicaragüense era la misma lucha de cualquier otro pueblo latinoamericano o del Tercer Mundo, por encontrar su propia identidad histórica; que teníamos que hacer de nuestra lucha, la lucha de todos los pueblos; que teníamos que buscar el apoyo solidario y hermano de los pueblos del Tercer Mundo, que, como nosotros, propugnaban por un nuevo

orden económico mundial. Sabíamos que teníamos que buscar también el apoyo de los países industrializados, pero más acordes con las exigencias de los tiempos modernos que hubieran enterrado ya los afanes colonialistas o neo-colonialistas que caracterizaron el siglo pasado.

El camino de la unidad nacional

Pero la demanda de una ayuda, de una solidaridad internacional tenía que partir primero de la demostración clara y transparente de que éramos merecedores de ayuda. Por eso, tarea fundamental del Frente Sandinista fue desplegar todos los esfuerzos posibles para alcanzar una amplia unidad nacional en la cual los obreros, los campesinos, los trabajadores todos de nuestro país, los empresarios patriotas, pudiéramos unirnos en contra de ese enemigo principal e inmediato que era la dictadura, teniendo una proyección política hacia el enemigo fundamental que sabíamos que estaba detrás de la dictadura. Y logramos, a través de nuestro trabajo político, de nuestra programática, de nuestra persistencia, de la sangre de nuestros héroes, del sacrificio de nuestros campesinos asesinados por miles, del sacrificio de nuestros obreros golpeados, torturados y vejados cuando hacían sus demandas pacíficas, enseñar que el camino que le quedaba a los nicaragüenses era el camino de la unidad nacional.

Logramos de esa manera unir a todo nuestro pueblo, unificarlo alrededor de un interés común que en determinado momento llegó a tener un carácter de verdadera sobrevivencia. En la medida en que se acercaba el día del triunfo, la dictadura incrementó su ferocidad, incrementó sus crímenes y llegó a plantearle a cada nicaragüense una disyuntiva de vida o muerte. De ustedes es conocido el bombardeo genocida, de ustedes es conocido que sólo en la última ofensiva, de 52 días de guerra, en la cual derrotamos a la dictadura, tuvimos que experimentar y sufrir la muerte de cerca de 50.000 nicaragüenses, un promedio casi de mil por día.

Pero no fue ése el costo total en términos de vidas de nuestra lucha. Estamos seguros que en la larga historia de lucha de nuestro pueblo, tratando de borrar ese panorama de injusticias y desigualdades, son más de cien mil los muertos: desde los campesinos asesinados en las cooperativas de Wiwili, el mismo día en que en Managua caía asesinado el General Augusto César Sandino, hasta el 19 de julio, pasando por cerca de 3.500 campesinos asesinados en las montañas del norte de nuestro país entre 1974 y 1977 y que tanto fuera conocido a nivel internacional por las denuncias que hicieran las distintas fuerzas de nuestro país y observadores que podríamos calificar claramente como imparciales y objetivos, como eran los sacerdotes capuchinos que podían constatar como su grey era diezmada en esas zonas por parte de la guardia somocista.

La unidad nacional, encabezada por el Frente Sandinista, fue lo que permitió otro triunfo, fue la que permitió marcar ese nuevo hito en la historia de nuestro país,

pero que a su vez es un nuevo hito en la historia del mundo y en especial de Latinoamérica, porque a partir de esa unidad nacional nos hicimos merecedores, al grado de exigirlo, del apoyo y la solidaridad de todos los pueblos amantes de la libertad y del progreso en el mundo. Y nuestra unidad, nuestro espíritu unitario se proyectó más allá, al conseguir los primeros pasos de una unidad latinoamericana expresada, como lo decíamos ayer, en la posición firme ante las pretensiones intervencionistas que se dieron en junio del 79 con la llamada "Fuerza Interamericana de Paz", que pretendieron meter los Estados Unidos en un quinto intento de intervención armada en nuestro país. Cuatro veces antes en nuestra historia habíamos visto nuestro suelo patrio pisoteado por las botas de los marines norteamericanos para mantener su explotación y su opresión. Afortunadamente los pueblos del mundo avanzan y ese avance nos permitió filas para defender esta revolución, que era no sólo la revolución de los nicaragüenses, como decíamos ayer, sino la revolución de los pueblos del Tercer Mundo que en nuestra situación están vivamente reflejados.

No obstante, nuestra lucha no termina el 19 de julio. La victoria militar coronada el 19 de julio no es más que la primera gran batalla que nosotros hemos logrado cristalizar victoriosa, porque nosotros no fuimos a la guerra por la guerra misma. Como decía nuestro general Sandino: nosotros no somos militares, somos ciudadanos armados. Nosotros no luchamos por la lucha misma, nosotros luchamos por esos 200 niños que mueren por cada mil que nacen. Nosotros luchamos por los 300,000 jóvenes nicaragüenses que no pueden ir todavía a las escuelas de secundaria. Nosotros luchamos por esos 300,000 familias nicaragüenses que no tienen una vivienda digna donde vivir. Por eso es que nuestra lucha no ha terminado, por eso es que los factores del triunfo en la primera gran batalla siguen siendo válidos y sigue siendo la política de nuestra revolución una política de unidad nacional y sigue siendo una demanda y una necesidad que esa unidad nacional tenga su expresión también en una unidad internacional de apoyo a nuestra revolución, que significa no sólo el apoyo a la revolución nicaragüense, sino el apoyo al derecho de autodeterminación de los pueblos, el apoyo a las esperanzas, a las posibilidades y al derecho que tienen los pueblos de forjarse su propio destino.

Nuestra revolución se encamina hoy, a pasos agigantados, hacia transformaciones profundas en nuestra economía, en nuestras relaciones sociales y políticas, que nos permiten coronar los objetivos sociales y económicos que nos plantea el panorama tantas veces aludido.

Por eso una de las primeras medidas que ha tomado nuestro Gobierno de Reconstrucción Nacional es abordar los planes que nos permitan de manera inmediata impulsar las transformaciones de nuestro país.

Hoy nuestra lucha está planteada en dos campos de batalla: un programa de reactivación económica y una cruzada nacional de alfabetización. Una cruzada nacional de alfabetización con la que pretendemos rescatar de la ignorancia a ese 52% de nuestra población, con la que pretendemos darle luz, poner en un proceso de

formación a más de 900,000 nicaragüenses que en la ciudad y en el campo hasta el día de hoy han estado marginados de la cultura. Y con gran entusiasmo, hoy, cerca de 100,000 jóvenes, los únicos 100,000 jóvenes que estudian secundaria en nuestro país, se organizan en lo que llamamos el ejército popular de la alfabetización, junto con cien mil nicaragüenses más entre obreros, amas de casa, estudiantes universitarios, para lanzarnos a partir del 26 de marzo con 200,000 brigadistas hasta el último rincón del país, para poder declarar en agosto que si no eliminamos totalmente el analfabetismo, ya por lo menos éste no va presentar ese cuadro alarmante que pone a más de la mitad de nuestra población en una situación de marginación total. Doscientos mil brigadistas a un costo de 20 millones de dólares que todavía seguimos gestionando en el mundo, nos permitirán llenar ese cometido que para nosotros, además de un inmenso deber histórico moral, representa el primer gran paso para armonizar nuestros planes de desarrollo con un proceso de formación de nuestros recursos humanos para la producción, porque no nos podemos plantear planes de desarrollo, no nos podemos plantear incorporaciones de tecnologías, no nos podemos plantear modernización de nuestro sistemas de producción si nuestros productos, nuestros obreros y campesinos no saben siquiera leer ni escribir y por lo tanto no están capacitados para asimilar las más elementales técnicas modernas de producción.

Nuestro programa de reactivación, a su vez, pretende restituir la infraestructura y la estructura económica diezmada por los últimos años de dictadura y en especial por los efectos de los bombardeos y la destrucción bélica a que nos sometió el somocismo en sus días agónicos. El plan de reactividad económica para 1980 busca poner a funcionar de nuevo todo el aparato productivo que nuestro país tenía hasta el 19 de julio. Sentar así las bases para que en los años subsiguientes nosotros podamos plantearnos planes de desarrollo económico, que en el tiempo nos permitan ir satisfaciendo las expectativas de progreso de nuestro pueblo.

Constituye, además, un reto para que de inmediato nosotros podamos resolver algunas de las más acuciantes necesidades de nuestros trabajadores. Pretendemos bajar el desempleo de nuestro país de un 30 % a un 20 % en 1980, creando plazas para 96,000 nicaragüenses más; 96,000 nicaragüenses más en tareas agrícolas y urbanas, en tareas productivas y de servicios. Sólo de ellos hay proyectadas 15,000 plazas para trabajadores de la construcción, que todavía no han podido arrancar, porque no han podido arrancar los planes de construcción de viviendas y los planes de construcción de escuelas y de caminos, porque todavía no hemos logrado arrancar el préstamo de los 75 millones de dólares que nos ofrecieron los Estados Unidos.

Pretendemos también contener el proceso inflacionario para defender los salarios reales de nuestros trabajadores. Nos hemos trazado como meta que la inflación que heredamos del somocismo y que en 1979 alcanzó un 60%, no pase en este 1980 del 20% y nos fijamos una meta del 20% porque prácticamente un 15% ya lo traemos de afuera con la inflación mundial.

Sabemos, sin embargo, que metas ambiciosas como ésta, de disminuir el desempleo, de contener la inflación, de elevar la producción, de iniciar los planes que incorporen a nuestro pueblo al progreso de nuestro país, nos exigen una nueva política interna y externa. Por eso, nuestra primera decisión política externa ha sido declarar y hacer uso pleno de nuestra soberanía e independencia nacional, abriéndonos a las relaciones con todos los países y pueblos del mundo dispuestos a mantener una relación de respeto, una relación de igualdad con Nicaragua, tanto en los tratos económicos y comerciales como políticos, y para concretar tal voluntad nos hemos hecho miembros del Movimiento de países No-Alineados, para encontrar en ese bloque tercer-mundista el apoyo que hace posible el hecho de que todos corramos la misma suerte en este mundo de hoy.

Con esa política de independencia es que hoy buscamos en los países industrializados de todo el mundo, no importa su ideología, la ayuda, el trato respetuoso que exige nuestra necesidad histórica de responder a las expectativas de nuestro pueblo.

Internamente hemos comenzado por recuperar para nuestro pueblo todos los bienes que la dictadura, que la tiranía somocista y sus allegados se habían expropiado y que pudimos nosotros lograr controlar. Confiscamos todos los bienes del somocismo; eso hoy nos permite contar con una corporación industrial del pueblo que arranca con 132 empresas que antes estaban en manos del somocismo. Nos permite arrancar también con una corporación comercial del pueblo y nos permite también arrancar un proceso de reforma agraria a partir de un 1.200,000 manzanas de tierra que logramos recuperar del somocismo y que ahora constituyen áreas agrícolas de propiedad del pueblo.

Sobre la reforma agraria se cifran nuestras mayores esperanzas, porque nuestro país cuenta con 11 millones de manzanas de tierra cultivable, de las cuales sólo 5.100.000 manzanas han sido cultivadas hasta el día de hoy. Más de la mitad de nuestra tierra factible de producir espera el trabajo de nuestros campesinos para generar las riquezas que nos permitan ir saliendo de esa deuda externa que heredamos y que nos permitan también ir satisfaciendo las necesidades de nuestro país.

Pero la producción de esa extensión de tierras agrícolas requiere de la ayuda de los otros pueblos, la ayuda técnica, la ayuda tecnológica. La misma producción agropecuaria nuestra y los recursos naturales con que cuenta nuestro país, nos abren la perspectiva de un proceso de industrialización que a mediano y a largo plazo vendrían a resolver las necesidades de nuestro pueblo.

Somos un país que vive de paradojas por la distorsión económica que los intereses imperialistas introdujeron en nuestro país. Nosotros producimos algodón y el algodón es nuestra mayor fuente de divisas, pero después tenemos que importar fibra de algodón para hacer telas porque aquí no tenemos un proceso de industrialización que maneje, que procese el mismo algodón que nosotros producimos.

Las divisas que nos entran por esa venta de algodón, inmediatamente se nos van cuando tenemos que comprar después ese mismo algodón semi-elaborado para aquí terminarlo de convertir en telas. La madera es fuente, así como la caña, así como otros productos agrícolas de nuestro país, de un importante proceso de industrialización que con nuestra economía deteriorada no podríamos llevar a cabo, si esta revolución, así como la sentimos nosotros, que es una revolución no sólo nicaragüense, no es sentida también en otros pueblos como un proyecto, como una posibilidad, como una nueva alternativa para los pueblos del mundo.

Por eso es que en las perspectivas históricas de la revolución popular sandinista tienen un papel destacado los esfuerzos de solidaridad, de apoyo, de ayuda que el concierto de las naciones pueden y deben darle a nuestro proceso. Sabemos que los problemas nuestros no son únicamente nuestros, pero creemos que hay muchos países que pueden ser partícipes del proceso nuestro y en ese sentido contribuir a que aquí se acabe el analfabetismo, dejen de morir nuestros niños, tengan una vida digna nuestros trabajadores y pueda Nicaragua jugar un papel de ejemplo, de punto de referencia para la transformación que en todos los países del mundo están en este momento en plan de espera.